



La Lectura Popular

AÑO XV

Orihuela 15 de Septiembre de 1897.

Núm. 338

¿QUE ES LA FÉ?

—¿Qué es la fé?—preguntaba un hombre lleno de dudas acerca de las más trascendentales verdades religiosas,—yo quisiera tenerla.

Pues... tenla—contestaba otro.

Pero ¿qué es?

Te lo diré con una comparacion.

Imagínate un hombre medio tonto, medio ciego y medio cojo que camina hacia una region desconocida, por un camino rodeado de peligros.

Imagínate que se acerca á él un hombre fuerte, y sano, perfectamente conocedor de aquella tierra y le dice:—¿quiére usted llegar á donde vá? cójase usted á mí.

—Es que estoy ciego.

—Motivo más para que usted me siga.

—Es que soy cojo.

—Razon mayor para que se apoye.

—Es que tengo pocas luces.

—Por lo mismo debe usted dejarse guiar por mi que tengo más.

—Es verdad, pero ¿quién me asegura que usted las tiene y no me engaña?

—Mis documentos; y el hombre saca su cédula personal donde consta con datos irrecusables que es hijo de aquel país, y tan sabio y bueno que es incapaz de engañarse ni engañar á nadie.

Ahora bien, en el caso presente ¿qué crees tú que hará el cogi-ciego por tonto que le supongamos?

Cerrar los pocos ojos que le quedan, y dejarse conducir.

Pues bien el hombre, por sabio, fuerte y listo que sea, en el camino de la vida se encuentra siempre en las condiciones que acabamos de suponer: tales son los peligros y oscuridades que le rodean.

¿A qué ha venido á este mundo?, ¿cual es su fin?, ¿dónde está la felicidad?, ¿qué ha de hacer para conseguirla?, ¿reprimirá sus pasiones?, ¿sacrificará su vida presente á otra de más allá?, y si no la sacrifica ¿qué sucederá?

He aquí una serie de abismos que ater-

ran porque su fondo es infinito. ¿Quién nos salvará de ellos?

Yo, dice Jesucristo; «yo soy el camino la verdad y la vida: si quieres llegar á donde deseas déjate conducir por mí.»

—Pero ¿quién me asegura ¡oh Cristo! que tú eres todo lo que dices?—exclama la razón.

—Mis documentos ¿conoces mi Evangelio? ¿conoces mi doctrina? ¿conoces mis hechos?

—No

—Pues entonces ¿cómo dices tienes interés en caminar hacia tu fin?

La fé es un don sobrenatural pero se apoya en la razon misma y el que la desecha obra contra razon.

La fé es aquel asentimiento que presta mos á lo que otro nos dice, cuando tenemos *motivos razonables* para creer que sabe lo que dice y que no nos engaña.

La fé no es por consiguiente, como algunos creen, una abdicacion de la razón humana, una debilidad que dispone al hombre á comulgar con ruedas de molino: todo lo contrario; pues nada más razonable que aprender lo que no sabemos creyendo lo que nos dice otro, cuando nos consta que ese *otro* sabe lo que se dice y no trata de engañarnos.

¿Qué sería del hombre si no hubiera de creer ni admitir nada más que lo que alcanza por sí? Las verdades matemáticas, físicas, meteorológicas, químicas, médicas, en su mayor parte no están al alcance del vulgo y sin embargo nadie niega su fé al médico, al químico, al sabio, por que sabe que así no se podría dar un paso en el camino de la vida terrena. ¿Y queremos hacer lo contrario para caminar hacia la vida celestial?

¡Qué disparate! Preciso es haber perdido el juicio para decirle á Dios lo que no se diría al Doctor que nos visita.

—«No creo lo que usted me dice ni tomo los remedios que usted me dá hasta que sea tan médico como usted.»

A lo que podría contestar el médico:

«Pues si usted llega á saber tanto como yo para qué necesita mis conocimientos?

Si el hombre no habia de creer las verdades de la fé hasta que las comprendiera por sí mismo, no las creería jamás.

Porque para llegar á comprender todas las verdades en su estension infinita, hay que ser tan infinito como Dios.

Por esto, para ver las que están sobre nosotros, se necesita verlas por los ojos de Dios: se necesita creer en Jesucristo Verbo eterno que se encarnó para enseñárnoslas.

Los astros no pueden verse sin telescopio, y Jesucristo es el único telescopio puesto por Dios ante los ojos de la humanidad para descubrir las profundidades del cielo.

Al hombre no se le pide que se eche á ciegas en brazos del primero que le ofrezca guiarle en su camino. Al contrario se le advierte que no se deje engañar de falsos guías y solo siga al verdadero.

Y precisamente sucede que al verdadero se le rechaza y al falso se le admite sin exámen.

El masonismo, el espiritismo, cualquier supersticion predicada por el primer falso redentor que sale al paso, roba la confianza del pueblo mientras el verdadero guía, Cristo, luz del mundo, es despreciado ó tenido, por embaucador.

¿Por qué este absurdo?

Por que los guías falsos adulan las pasiones y el verdadero las amarga.

Si los hombres, desearan sinceramente conocer la verdad, observando una regla sencilla descubrirían donde está.

Se dirían á sí mismos:

La verdad es amarga y la mentira dulce.

Es así que Jesucristo ha dicho: «Yo soy la verdad; quien quiera venir en pos de mí NIEGUESE A SÍ MISMO, TOME SU CRUZ CADA DIA Y SÍGAME.»

Es así que el masonismo, el liberalismo, el naturalismo, el racionalismo dicen: el que quiera venir con nosotros DE LIBERTAD A SUS PASIONES.

Luego Jesucristo es el verdadero guía,

y el verdadero redentor: tengamos fé en él.
Y la tendrían.

Pues Dios no la niega al que sinceramente la desea y humildemente la pide.

ADOLFO CLAVARANA.

PENSAMIENTO

La fé es un don preciosísimo; es un faro que guía al hombre en el oscuro camino de la vida. Desgraciado el caminante que la pierde: no llegará al puerto.

LA CORRUPCION

CONDUCE Á LA INCREULIDAD

Dice San Gregorio Niseno: Los hombres que aman mucho las torpezas, por las cuales merecen delante de Dios penas gravísimas, aborrecen el juicio divino, y por esto no quieren creer la vida que en cuerpo y alma habemos de hacer en la eternidad; y conforme á lo que desean y aman fingen opiniones falsas. Y lo mismo ha sucedido á muchos fieles hijos de la Iglesia, que por haber puesto su corazón en los deleites y en las honras vanas y bienes perecederos del mundo, viendo que la doctrina evangélica y de la Iglesia verdadera de Cristo les ponía freno en estas cosas que les tenían cautivo el corazón, la han aborrecido, y la han negado y se han apartado de la Iglesia. Y esta ha sido una causa muy comun y ordinaria de las herejías, amar los hombres desordenadamente las cosas que la verdad evangélica condena y la Iglesia católica prohíbe.

(P. Arias, S. J.)

¿Quién tiene la culpa?

¿No será provechosa la lectura de esta página en el seno de muchas familias?

Muchas madres gimen en el dolor que les causa la mala conducta de sus hijos, su insensibilidad é ingratitud, ¿y no podrá preguntárseles cuya es la culpa?

¡Ah! Dejasteis que en el alma de vuestros hijos se aminorara, que casi se extinguiese la fé que les dió el bautismo; aquella fé que cuando hablabais les enseñaba á Dios en vuestros labios, á Dios, á quien en vosotras debían amar y respetar y á quien con obedeceros obedecían... y desde entonces no han visto en vosotros, padres infortunados y madres más desdichadas todavía sino unos seres obligados á soportar sus caprichos y á procurarles la realización de todos sus gustos, reservándose el derecho de rebelion para cuando vean que sus vanas, estólicas ó inmorales exigencias resultan desatendidas.

Dejasteis extinguirse *aquella fé* que fo-

mentó en sus almas un cierto *divino* instinto que los impulsaba hacia *la piedad, la inocencia, la sumision...* y en vez de aquél se ha formado *el instinto de la desobediencia, de la hipocresía, de la falta de sujecion.*

Dejásteis de dar á vuestros hijos, á esos niños, que más que nada se forman *según lo que ven hacer*, el ejemplo de una vida cristiana. No os ven de noche, que arrodillados los llaméis á vuestro lado para rezar con ellos y por ellos; —os han oido hablar de las leyes de la Iglesia, ya que no con desprecio, con ligereza: —vieron que violabais estas leyes y que acogíais con cierta sonrisa las burlonas oportunidades que en torno vuestro se les ocurrían á algunos mentecatos acerca de *Dios, su justicia, su providencia, sus milagros...*; y ahí tenéis que se han sustraído á vuestra autoridad, y que se ingenian para *no cumplir deberes molestos* que no les producían ninguna ventaja apreciable; su única aspiración es *gozar*.

¡Ah! sí, volved, volved á la práctica piadosa *del rezo en familia.*

Volved á *la enseñanza del catecismo, á la lectura de la vida de los santos, á la obediencia respetuosa de todas las leyes de la Iglesia.*

Volved á convertir vuestra casa en *santuario.* Restaurad en ella el pensamiento de Dios, que todo lo domina y esclarece como el sol esclarece y domina á todo el mundo.

Entonces los *padres* seréis respetados y amadas vosotras, *madres*; juntos los dos seréis obedecidos, y *la union, la paz y la alegría* recobrarán su puesto en el hogar.

Los juicios de la muerte

El hombre, mientras goza de salud, tiene un modo de pensar que muchas veces cambia, cuando la enfermedad ó el infortunio vienen sobre él; pero los cambios mas maravillosos son á la hora de la muerte ¿Cuál es la razón de esto? Que el hombre con la embriaguez que causan las pasiones y el bullicio del mundo, se trastorna y olvida muchas veces sus deberes, la justicia y la verdad; pero cuando la mano de Dios pesa sobre él, entonces hace como Antíoco, entra dentro de sí mismo, y exclama: «Ahora me lamento de los males que he causado y de los pecados que he cometido.» Sí, la luz que se enciende á la hora de la muerte disipa muchas tinieblas y esparce una claridad vivísima que hace ver las cosas como realmente son, y no como antes se veían; y el juicio que proporciona la muerte dice el Espíritu Santo que es *muy bueno.* Oid varios juicios que ha dictado la muerte.

¿Se ha encontrado alguno que á la hora

de la muerte se haya arrepentido de ser católico, sintiendo no haber abrazado el protestantismo? ¿Hay alguno que se haya arrepentido de haber observado en todo y por todo la doctrina católica, de haberse sometido al Papa, de haber orado en la Iglesia, reverenciado á la Virgen, honrado á los Santos Sacramentos, de haber ayunado, hecho penitencia, y de haberse ejercitado en todas las prácticas de la Religión católica, apostólica, romana? Decid, ¿habeis sabido de alguno que se haya retractado, que para asegurar su salvacion haya querido morir protestante? Haced las investigaciones que querais; este caso no lo encontrareis nunca.

Todo lo contrario, el que ha cumplido fielmente con sus deberes de católico, se afirma más y más en aquel tremendo trance, y no piensa sino en encomendarse á Jesús, á la Virgen y á los Santos; pide y recibe con fervor los Sacramentos, y halla en aquel acto una dulce conformidad, una dulce resignación, una santa alegría, y muere bendiciendo al Señor. Si alguno hay que tenga remordimientos en este trance, es porque no ha observado fielmente los preceptos que la Iglesia le habia inculcado. Este es un hecho seguro constante, y del que tal vez habreis sido testigos.

¿Qué quiere decir esto? En aquel momento no hay burlas, ni risas; no engaña el que dice que en el lecho de la muerte se ve muy claro que la Religión católica es la única que abre las puertas de la salvacion. El sabio Ulrico, duque de Brunsvich, por esta razón abandonó el protestantismo y se hizo católico.

¡Cuánto amor debeis tener á una Religión que tan claro hace ver las cosas en ese trance!

QUERER ES PODER

Rompe el hombre las peñas,
Tuerce el curso á los rios,
Sube á las áuras leves,
Sigue á los astros en su excelso giro;
Dobla los altos troncos,
Doma al león altivo,
Penetra en la honda tierra
Y saca los metales de su abismo.
Los mares atraviesa
Seguro y atrevido,
Y de la nube arranca
El rayo destructor y vengativo.
Todo á su imperio cede,
Mas ¡oh raro prodigio!
El que vence á los otros
No vence las pasiones en si mismo

MÁXIMA

La ley de Dios no es otra cosa que el amor, y el amor de Dios es la llave de oro que nos abre la puerta para la posesion de todo bien.

(San Francisco de Jerónimo, S. J.)

LA PRIMERA COMUNION DE MI HIJO

I

Mi educación en punto á religión ha sido la menor del mundo; pues no solo ignoraba la verdad, sino que tenía gusto, respeto y veneración por el error. Cuando concluí mis estudios, salí pertrechado de argumentos contra Dios y la Iglesia católica. Después viví como un verdadero hijo de París, como verdadero ciudadano del barrio de Montmatre, ocupadísimo en mis negocios y consagrado á mis diversiones y á la política todo el tiempo que aquellos me dejaban.

Me casé. Permitió Dios que donde yo no buscaba más que belleza, talento y dinero, encontrase una buena y honrada mujer. Educada como yo, mi mujer era mucho mejor. Tenía el sentimiento religioso.

Este se desarrolló cuando fué madre: nacido el primer niño, entró de lleno en el camino. Cuando pienso en esto, siento en el corazón un afecto de gratitud hacia Dios; afecto sobre el cual me parece que estaría siempre hablando y que nunca sabría explicar. Entonces no pensaba en ello. Si mi esposa hubiera sido como yo, creo que ni me hubiera ocurrido hacer bautizar á mis hijos. Crecieron los niños, los mayores hicieron la primera Comunión sin que yo lo advirtiera. Dejaba que la madre gobernase en este pequeño mundo; confiado completamente en ella, y modificado, sin saberlo, por el contacto de sus virtudes, que yo sentía y no veía.

II

Vino el más pequeño. Este pobrecito era de un genio salvaje, sin grandes facultades, y si bien le atendía tanto como á los demás, me sentía dispuesto á usar con él de más severidad.

La madre me decía: «Ten un poco de paciencia; cambiará al tiempo de la primera Comunión.»

Muy inverosímil me parecía este cambio á hora fija. Sin embargo, comenzó el niño á asistir á la explicación de la doctrina cristiana, preparatoria para aquel acto, y le ví, en efecto, mejorar muy sensible y rápidamente. Paré en ello la atención; veía desarrollarse su espíritu, luchar aquel pequeño corazón, suavizarse su carácter y llegar á ser dócil, afable y respetuoso. Admiraba este cambio que la razón no obra en los hombres; y el niño, á quien menos había amado, empezaba á ser el más querido.

Al mismo tiempo esta maravilla me

inspiraba serias reflexiones. Me puse á oírle la doctrina, al escucharla, recordaba mis cursos de filosofía y de moral, y comparando esta enseñanza con la conducta que yo había observado, no pude menos de lamentar en el fondo de mi corazón mis pasados extravíos. El problema del bien y del mal que siempre había evitado profundizar, por imposibilidad de resolverle, se me ofrecía con una luz terrible.

Preguntaba sobre esto al niño, y me daba respuestas que me admiraban. Conocía que las objeciones habrían sido vergonzosas y culpables. Mi mujer observaba y callaba; pero yo veía su asiduidad en la oración, pasaba las noches sin poder conciliar el sueño; comparaba estas dos inocencias con mi vida; estos dos amores con el mío, y decía: «Mi esposa y mi hijo aman en mí algo que nunca he amado en ellos ni en mi mismo, y este algo es mi alma.»

III

Llegó la semana de la primera comunión. No era solo afección lo que el niño me inspiraba, era un sentimiento que no podía explicarme, que parecía extraño, casi humillante, y que se traducía á veces en una especie de irritación, Me causaba respeto, me dominaba.

Temía manifestar en su presencia ciertas ideas producidas en mi espíritu por el estado en que me encontraba. No hubiera querido que se hubiese atrevido á combatirlos, ni que hicieran impresión sobre él. Solo faltaban cinco días.

Una semana, después que el niño hubo oído Misa, vino á buscarme á mi bufete, en que estaba solo.

—Papá, me dijo, el día de mi primera Comunión no subiré al altar sin haberle pedido perdón por todas las faltas que he cometido y por todos los pesares que le he causado, y V. me dará su bendición. Procure usted recordar todo el mal que he hecho para reprobármelo y para no volverlo á hacer. Le ruego que me perdone.

—Hijo mío, respondí, un padre perdona todo aun al niño que no es bueno, pero me es grato poderte decir que en este momento nada tengo que perdonarte, estoy contento de tí. Sigue trabajando, ama siempre á Dios, sé fiel á tus deberes, y tu madre y yo seremos muy felices.

—¡Oh, papá! Dios me sostendrá, como se lo pido, para no darle á usted jamás ningún pesar. Ruege por mí, papá.

—Sí, querido hijo mío.

Me miró, húmedos los ojos, y se echó á mi cuello; yo mismo estaba enternecido.

—Papá... continuó.

—¿Qué, hijo mío?

—Papá tengo una cosa que pedir á usted.

Ya veía yo quería pedirme algo y lo que el quería pedirme ya lo sabía yo.... ¿deberé confesarlo? Me asustaba. Tuve la cobardía de querer aprovecharme de su perplejidad.

—Mira, vete; tengo unos negocios en este momento; esta noche ó mañana me dirás lo que desees, y si á tu madre le parece bien, yo te la daré.

El pobre niño confuso y falto de valor, después de haberme abrazado, se retiró desconcertado á una pequeña pieza donde se acostaba entre mi gabinete y el cuarto de su madre.

IV

Estaba yo arrepentido del disgusto que le había dado, y sobre todo el sentimiento á que había obedecido. Seguí de puntillas á este buen hijo, á fin de consolarle con alguna caricia, y le observé muy afligido. La puerta de su cuarto estaba entreabierta. Miré sin hacer ruido. Estaba de rodillas delante de una imagen de la Santísima Virgen, y oraba con todo su corazón. ¡Ah! Os aseguro que en este día comprendí el efecto que puede hacer en nosotros la aparición de un ángel.

Volví á mi escritorio, la cabeza entre las manos y á punto de llorar. Así permanecí algunos instantes.

Cuando levanté los ojos, mi pequeño estaba delante de mí con un semblante lleno de ternura, resolución y amor.

—Papá, me dijo, lo que yo tengo que pedir á usted no puede dilatarse, y mamá lo encontrará bueno; y es que el día de mi primera Comunión venga usted con mamá y conmigo. No rehuse papá. Hágalo por Dios, que tanto le ama.

No pensé siquiera en replicar contra Dios que se dignaba llamarme de aquella manera. Estreché derramando lágrimas á aquel hijo entre mis brazos.

Sí, sí, le dije; sí, hijo mío, lo haré. Cuando quieras; hoy mismo me tomarás de la mano, me llevarás á los pies de tu confesor, y le dirás:—«Ved aquí á mi padre.»

Luis Veuillot.

LA FE

Dentro de mí siento el don
De una claridad divina,
Que misteriosa ilumina
Las sombras de mi razón.
El alma sin confusión
Todo lo sabe y lo vé;
Lo que será, lo que fué,
Lo que al mal y al bien me junta
¿Quién eres? mi voz pregunta;
Y me contesta: «la fe.»

José Selgas,

ANTI-ANARQUIA

En estos últimos días se han hecho varias restituciones á consecuencia de la confesión.

Un sacerdote de Valencia ha ingresado en la Tesorería de Hacienda 30 pesetas que le entregó un penitente, arrepentido de haberse apoderado de aquella suma.

En Barcelona, un padre dominico ha recibido de un comerciante francés 700 francos para que los envíe á determinada persona de Burdeos.

En Sevilla, un clérigo confesó á un moribundo, y éste le encargó que restituyese á un militar varias alhajas.

En un pueblo de la provincia de Zaragoza, una señora ha declarado ante su confesor que la fortuna que habia gozado por herencia no la pertenecía y debia ir íntegra á un niño pobre, que es el ilegítimo dueño.

En Santiago de Galicia, el Guardian del convento de Franciscanos ha entregado á D. Ramon Rodriguez, párroco de Moreira, diez mil pesetas que bajo secreto de confesion le restituía uno que se las habia hurtado y á consecuencia de cuyo hurto habia sido preso un inocente.

Estiéndase la confesion y se acabará la anarquía.

Porque la anarquía ¿qué es sinó la última expresion de la independenciam humana que sedesliga de toda ley? Y la confesion ¿qué es si no la forma más práctica de la sumision á la ley de Dios en la que se compendian todas las leyes?

Independencia de la razon; liberalismo.

Independencia de las manos: anarquismo.

Retorno á la dependencia de la divina ley, catolicismo.

He aquí un resumen de las tres aspiraciones que se disputan el imperio del mundo.

LOS SACRIFICIOS DIARIOS

No hay un solo día en nuestra vida en que no podamos hacer á Dios algun sacrificio, y con frecuencia, en un mismo día se nos presentan muchas ocasiones de ofrecérselo. Si supiésemos aprovecharlas, ¡qué gran fondo de merecimientos no podríamos adquirir por este medio tan sencillo! Sólo con estos ejercicios cotidianos seria bastante para que llegásemos á ser santos, y grandes santos.

En el curso ordinario de la vida tenemos penas que sufrir y cruces que llevar. Entre las penas, algunas son tan profundas, tan sensibles, tan dolorosas, que siempre las tenemos presentes, anegan nuestra alma en una amargura continua, y nos hacen pasar todos los días de la vida en la tristeza y el llanto...

¡Oh Dios mío! Si supiésemos hacer que nos aprovecharan para el cielo y ofrecérselas á medida que se presentan, ¡cuántos sacrificios, cuántas buenas obras no se elevarian diariamente desde este valle de lágrimas hasta los pies de vuestro excelso Trono!

POESIA DE UN NIÑO

Se nos ruega la insercion de la siguiente dedicada á la Excelsa Patrona de esta ciudad.

Á MI AMANTÍSIMA MADRE MARIA DE MONSERRATE

El mortal, Señora,
El mortal dichoso
Que una vez mirares
Con benignos ojos,
Nunca será ilustre
Aunque victorioso
En carroza Arcáica
Tirada por potros,
Conducido sea
Hasta el Capitolio.
Aunque en muchas lides
A cien poderosos
Humillado haya
Siendo numerosos.
Pero si, Señora,
Si vuelves tus ojos
Y de gracias mil
Le das un tesoro.

Ya tus dignos hijos
Tiénneme en sus coros:
Y bajo tu manto
Yo tambien me acojo
Temiendo ya menos
Al león furioso.
De tí lo recibo
Y lo debo todo
El estar, oh Madre,
Bajo tu socorro
¡Oh tú que si quieres
Del Dios Poderoso
Detienes su mano
Airada en nosotros!
Por eso si vivo
Si plazco y te adoro
A tí Virgen Madre
Yo lo debo todo.

M. Carrió y Pastor. 1897

MAXIMAS ESPIRITUALES

Quando os halléis en un abismo de amarguras y de penas, unido al abismo de las penas infinitas del Corazón de Jesús, y aprended de El á padecer y á padecer con alegría.

Quando os veáis en un abismo de temor, el Corazón de Jesús es un abismo de confianza y de amor; abandonaos á El y aprenderéis que el temor debe ceder al amor.

Quando te venga el pensamiento de exusarte, di: Jesús era inocente, y acusado. y calló; yo, que soy tantas veces delincuente, ¿osaré justificarme?

Fijemos la atención en nuestras penas todo lo menos que podamos, pues el modo de sacar de ellas el mayor provecho es el despreciarlas.

El deseo de Dios es que sobrellevemos pacíficamente nuestras penas y arideces sin afanarnos tanto por salir de ellas.

Echaos frecuentemente en los brazos de Dios y del Divino Corazón de Jesús: abandonaos á todo lo que quiera hacer de vosotros.

NO HAY DICHA EN LA TIERRA

De niño, en el vano aliño
De la juventud soñando;
Pasé la niñez llorando
Con todo el pesar de un niño:
Si empieza el hombre penando
Cuando ni un mal le desvela:

¡Ah!

La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?

Ya jóven, falto de calma,
Busco el placer de la vida,
Y cada ilusion perdida
Me arranca, al partir, el alma.
Si en la estacion más florida
No hay mal que al alma no duela:

¡Ah!

La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?

(R. de C.)

Al autor de estos versos, esceptico poeta contemporáneo muy conocido, le pasa lo que á Agar en el desierto, que buscaba agua y no veía la fuente que tenia al lado.

Sépalo Campoamor
El que de cerca sigue á Jesucristo
Ese llega al Tabor.

ADVERTENCIA IMPORTANTÍSIMA

Rogamos á las personas que propagan nuestro periódico que no lo den solamente á leer á clases obreras, sino tambien á las ilustradas, pues para todos escribimos. Desgraciadamente las llamadas gentes de levita se hallan tan faltas de instruccion religiosa como las de chaqueta. (Y que nos dispensen nuestros tocayos de ropa.) Con ellos, pues, hay que ejercer la propaganda de las buenas ideas tanto como con el pueblo.

LA LECTURA POPULAR

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, buertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion. 4 pesetas mensuales,
Media id. 2 "
Un cuarto id. 1 "
Un octavo id. 0'50 "

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.